

La España del bienestar y sus secuelas

Luis A. Aranguren Gonzalo

Miembro del Instituto Emmanuel Mounier.

«Hemos hecho la vida más larga, más cómoda y placentera, pero ¿no la hemos hecho también más vacía, más superficial y absurda?». Obispos vascos, 1992.

Hace once años, en los primeros pasos de ACONTECIMIENTO, se recogía un artículo de José Luis Sampedro donde se nos advertía del abismo hacia el que se encaminaba este Norte henchido de progreso tecnológico y centrado en el crecimiento de las cifras macroeconómicas; a este estado de cosas Sampedro lo denominaba «desarrollismo», que no es sino la parte hipertrofiada de nuestra cultura: «el desarrollismo, con su falso ideal del crecimiento perpetuo, es precisamente la dimensión patológica de la cultura occidental»¹. La lógica del bienestar consiste en avanzar de modo ilimitado hacia mayores cotas de confort, placer... vida buena, al fin y al cabo, porque todo ello nos dignifica y proporciona eso que llamamos *calidad de vida*, clásico dogma de los bienestantes.

1. Un poco de historia

Durante los años ochenta España se incorpora a la élite de los países que habitan en la órbita del Bienestar como modo de articulación del propio Estado. Ciertamente es que el crecimiento económico de aquellos años (en los que Mario Conde era el modelo de referencia mayoritario para los jóvenes universitarios) estaba basado en el proceso creciente de *dualización y de exclusión social*, según el cual la dictadura del mercado y la consiguiente escisión social colocaba de una parte a los que disfrutaban de trabajo, vivienda y futuro para contarlos mientras que capas crecientes de la población eran expulsadas a los márgenes: naufragos del desarrollo, nuevos pobres, excluidos, ...a los que les era denegado participar en la buena vida de los afortunados. No obstante, en aquellos años – de extensa ingeniería social– se afianzó una política de Servicios Sociales que ponía en marcha un sistema de protección social frente a situaciones de extrema necesidad y se convertía en portavoz del reconocimien-

to de los derechos sociales y económicos de toda la ciudadanía. Ahora bien, no es lo mismo reconocer esos derechos que garantizar su ejercicio; para ello se pensó desarrollar, desde la política estatal de Servicios Sociales, una red de equipamientos sociales y de profesionales que garantizaran el cumplimiento de estos derechos. Llegados a la década de los noventa, las distintas Administraciones públicas asumen el reto de la implantación de diversas redes de centros y equipos profesionales de diferente índole. La resaca del 92 trae consigo la oficialización de la crisis del Estado del Bienestar en España, con lo que el Estado benefactor se retira poco a poco convirtiéndose en Estado mínimo respecto a los más desfavorecidos y necesitados.

2. Los datos del bienestar

La España oficial, mientras tanto, está contenta. Y motivos no le faltan. No podemos ocultar que durante estos últimos años hemos asistido a notables esfuerzos por universalizar la educación y la sanidad, a la mejora de las prestaciones sociales, a una cierta activación de la protección social. El Estado del Bienestar, a pesar de lo que podamos criticar por injusto, patológico y perverso, no deja de formar parte de un movimiento colectivo de emancipación de la ciudadanía en su conjunto.

El año 1997 es considerado por ciertos expertos como el año del «milagro» económico español: los números avalan la disminución en la tasa de inflación, la bajada progresiva de los tipos de interés, así como la del déficit público. Son números que permiten la entrada de España en el grupo de cabeza de la moneda única –el euro– que se pondrá en marcha el uno de enero de 1999. A pie de obra, en la calle, solemos decir que si bien los números macroeconómicos son boyantes, nosotros no andamos sobrados. Y puede que sea verdad, pero todo es cuestión del cristal con el que miremos nuestra verdad. Porque lo que sí parece cosa cierta es que durante 1997 los españoles, en general, dimos buena cuenta de que vivimos en una

sociedad de consumo muy consolidada. Sólo durante los últimos festejos navideños hemos gastado unos 800.000 millones de pesetas, la mayor parte de ellos repartidos en comidas y bebidas. Para que no todo sea gasto superfluo, ya hemos aprendido a gastar por Navidad en regalos solidarios, apadrinamientos de niños que se encuentran muy lejos de nuestro bienestar y participación en subastas televisivo-benéficas. Mientras, el llamado «consumo de lujo», en firmas como Loewe, Dior, etc., está cifrado en más de 600.000 millones de pesetas al año; pues sí, hay quien gasta, por ejemplo, un millón de pesetas por adquirir una maleta de piel de cocodrilo. Por otra parte, decenas de generosos empresarios mallorquines están dispuestos a poner encima de la mesa cien millones de pesetas –cada uno– con tal de que el rey Juan Carlos tenga un nuevo yate donde poder celebrar sa-raos, festejos y pasear con los mandamases que le visiten.



3. Las sombras del bienestar

El bienestar no es ilimitado. Como muchos han analizado durante estos últimos años, el Estado del Bienestar ha muerto de éxito; la tentación del exceso se topó con la ignorancia consciente o inconsciente de los límites. Los ciudadanos resultamos demasiado caros para nuestro Estado; ¿o no? R. Petrella afirma lo siguiente: «El objetivo del Estado del Welfare (asegurar la seguridad social a cada ciudadano) no es «imposible» o «insostenible» desde el punto de vista financiero: lo que ocurre es que tal objetivo es culturalmente imposible para las fuerzas conservadoras, a partir del momento en que la repartición no es tan «buena» para los dueños del capital»². No olvidemos que en el origen de la crisis del Estado del Bienestar occidental se encuentra la reacción de las clases acomodadas y clases medias, fomentada por las fuerzas conservadoras, frente a la fuerte presión fiscal que su-

frían en un horizonte nada halagüeño: envejecimiento de la población, paro estructural, múltiples formas de asegurarse la jubilación anticipada. Reagan y Thatcher lideraron la caída de este estado de cosas y enarbolan con orgullo la bandera del neoliberalismo.

Y en esas estamos. Participamos del triunfo de un sistema económico que se ha erigido en *pensamiento único*. Una de las consecuencias inmediatas de este fenómeno es la disminución de poder de los estados nacionales. Maastricht dirige los destinos de la economía española, y las transnacionales son los auténticos motores de este AVE que continúa su carrera desenfrenada. El mercado gobierna mientras que el Estado gestiona. Más que al Consejo de ministros, nuestras miradas y oídos apuntan a cumbres como la de Davos, la del grupo G-7, o la del

FMI. En estos foros –mecas del libremercado– se confirma ritualmente «que es necesario combatir la inflación, reducir los déficits presupuestarios, proseguir una política monetaria restrictiva, animar a la flexibilidad del trabajo, dismantelar el Estado-providencia y estimular sin descanso el librecambio»³. En este capítulo se nos quiere ofrecer la imagen de una España líder en materia industrial y tecnológica, cuando en realidad el papel asignado a este país –tanto por la Europa comunitaria como por las grandes empresas multinacionales– es la de ser un país de servicios. En España no se invierte en tecnología, sino que se venden determinados productos, o se fabrican piezas de un puzzle que ignoramos dónde se terminará vendiendo, y sobre todo, qué ganaremos con ello.

Por otra parte, el dios mercado ha sacado a subasta pública todo lo que toca. El llamado interés general va desde el fútbol televisado hasta el voluntariado que reparte esponjas en las maratones populares o engalana las calles barcelonesas en la víspera de la boda real; todo vale porque ha de ser así. Asistimos impávidos a los argumentos que nos proporciona la ideología de lo inevitable.

Y lo que resulta más doloroso: la patología del desarrollismo de la que hablábamos antes, se extiende

en la patologización de la sociedad entera, desde el momento en que crea un clima social en el que fácilmente las personas más vulnerables son arrastradas, de un modo u otro, hacia el deterioro psíquico o físico, la fragmentación, la cosificación o la indiferencia como seres humanos. Los sociólogos afirman que estamos realizando el tránsito de la sociedad de peligros a la sociedad del riesgo. Así, existen determinados grupos de personas que ponen en riesgo nuestro umbral de seguridad: nos resultan molestos los mendigos porque piden, los inmigrantes porque «nos quitan» puestos de trabajo, los parados porque le echan mucho cuento, los chavales que pasan de colegio porque tienen conductas agresivas, los mayores porque nos fastidian las vacaciones, los insumisos porque nos hacen daño ahí donde más duele. Con excesiva facilidad nos quitamos de encima aquello que nos molesta. Si para ello hay que emplear la violencia física hay gente que no lo duda. Durante 1997 sesenta mujeres han sido asesinadas por quienes en algún momento de sus vidas han sido las personas que más las han querido: sus maridos o compañeros de camino. Más de 20.000 denuncias al año realizan las mujeres maltratadas en nuestro país; este dato nos habla tan sólo del 20% de los casos reales; el otro 80% no se atreve a decirlo públicamente. Ésta es la otra cara del bienestar.

España se encuentra entre los diez Estados más potentes de la Tierra; por otro lado, una quinta parte de la población española vive bajo el umbral de la pobreza, que quiere decir –en términos estadísticos– que cerca de ocho millones de personas sobrevive con menos de 44.000 pesetas al mes. La pobreza sigue siendo un fenómeno social que está presente en nuestro país de un modo persistente, incluso en medio de tiempos de bonanza económica. Los últimos estudios muestran un hecho preocupante: más de dos tercios de la llamada pobreza «severa» (cuya renta media neta está por debajo del 25% de la media del país) es menor de veinticinco años. Esta juvenalización de la pobreza constituye el aspecto más grave del conjunto del fenómeno, y no sólo porque se nos abre un futuro repleto de oscuridades, sino «por el presente de un sector de la infancia y de la juventud sin norte, sin porvenir y sin esperanza»⁴. Si exploramos más en la selva de la exclusión social nos encontramos con cerca de un cuarto de millón de personas que viven en la calle, de albergue en albergue o en infraviviendas. Al tiempo, se calcula que 1.350.000 viviendas tanto públicas como privadas están vacías. Por último, el dato que mes a mes resuena en nuestros oídos: veinte de cada cien españoles en edad de trabajar se encuentran en el paro; ¿qué pasaría si todo ese ejército de insatisfechos saliera a la calle –como está ocurriendo en Francia– erigiéndose en *movimiento* ciudadano y político?

4. Nuestro margen de maniobra

En el pasado otoño visitó nuestro país la otrora célebre ortodoxa del marxismo Marta Harnecker, que actualmente reside en Cuba. Le organizaron una conferencia a la que asistió un público progre, de izquierda radical, *look* cheguevarista y ávida de proclamas revolucionarias. Durante el coloquio alguien le preguntó *leninamente* «qué hacer» ante la ola neoliberalista que nos invade. La vieja marxista contestó sin tapujos: «tan sólo hacen falta dos cosas: pensar por nosotros mismos y vida austera». Y una cierta decepción navegó por la sala. Ciertamente no es momento de discursos heroicos ni de invitaciones a recorrer callejones sin salida. Al pensamiento único se le combate ejerciendo el pensamiento alternativo que nace de la acción cotidiana y que se abre a la experiencia compartida, a la compasión solidaria con los más débiles, sabedores de nuestros límites y perforadores de exceso ético en tiempos de relativismo moral. Con todas las críticas que haya que realizar al variopinto mundo de las ONGs, en buena parte de ellas se atiende actualmente a un porcentaje importante de gentes que hace bien poco no eran pobres y que hoy por hoy, por los efectos de la crisis del Estado del bienestar, el paro y diferentes circunstancias personales y ambientales, han caído en la pobreza real⁵.

Y por último, vida austera o, lo que es lo mismo, revisión profunda y sincera de nuestro umbral de felicidad material. El afán por poseer cosas en abundancia y rodearnos de todo tipo de comodidades compensa, de alguna forma, el creciente vacío interior que preside nuestro modo de vida occidental. Vida austera significa preguntarnos por aquello que nos resulta realmente necesario. Para ello quizá es preciso toparnos de frente y con otra mirada con aquellas personas que comprometen nuestras seguridades, que echan por tierra eso que denominamos vida buena y que edificamos, en buena parte, a costa del malestar de esa creciente población que sobrevive a duras penas. Quizá entonces el compromiso solidario, cercano y amable con el otro caído y herido en su dignidad de persona, se convierta en el «topos» de la utopía que perseguimos.

Notas

1. Sampedro, J. L., *El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial*, en *Acontecimiento*, 7 (1987), 55.
2. Petrella, R., *El bien común. Elogio de la solidaridad*, Temas del Debate, Madrid, 1997, 60.
3. Ramonet, I., *Un mundo sin rumbo*, Temas del Debate, Madrid, 1997, 74.
4. Alonso, F. J., «Reflexiones sobre la pobreza y la exclusión social en España», en *Sistema*, 137 (1997), 57.
5. Cfr. *Ibi.*, 56.